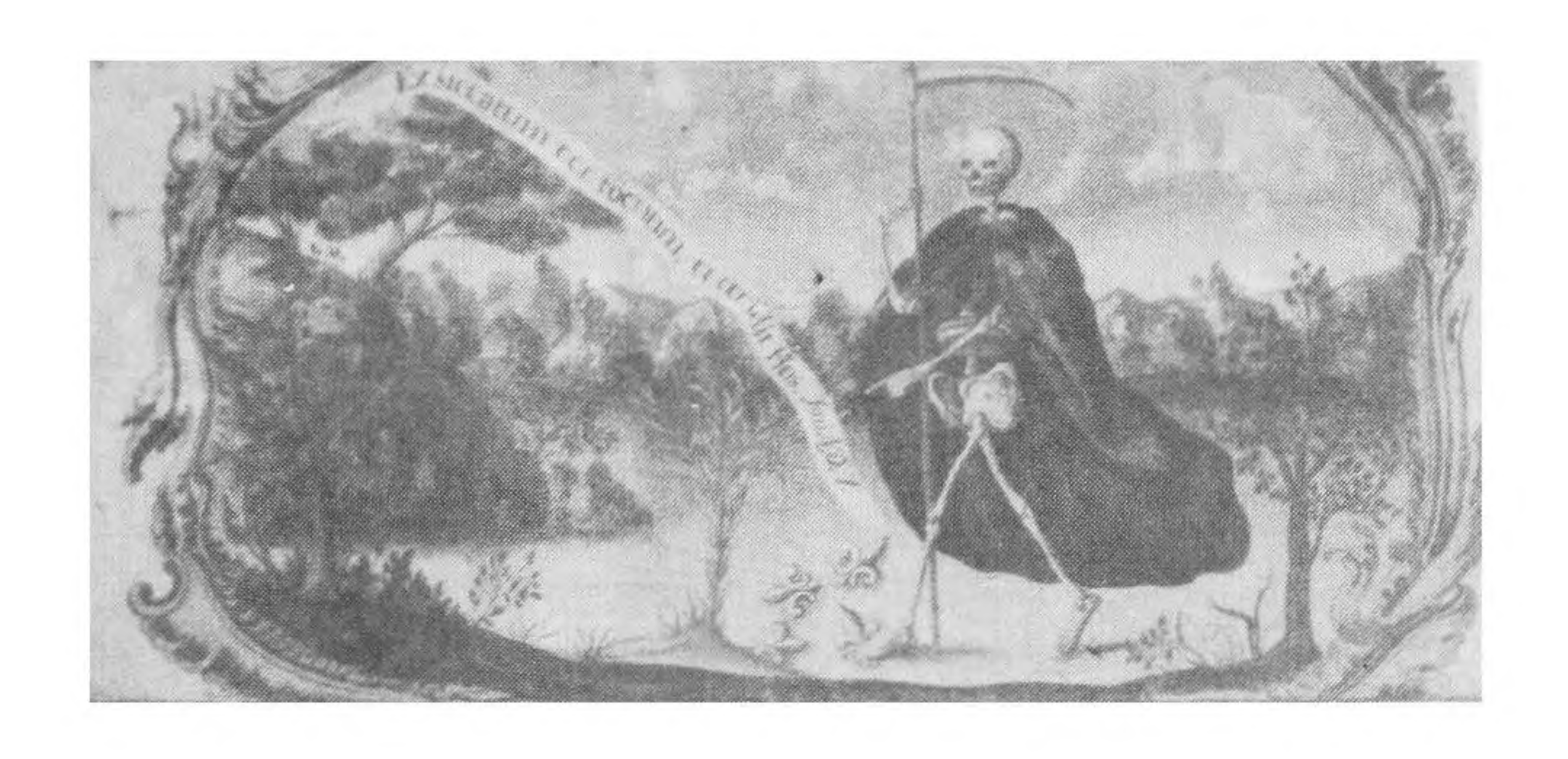


La emergencia de una ciudad novohispana La ciudad de México en el siglo XVII

Ma. Soledad Cruz Rodríguez

Reflexionar sobre el impacto del descubrimiento de América en los diversos aspectos que daran origen a nuestra cultura mexicana es una tarea inmensa y difícil de abordar. Sobre todo si se consideran la gran cantidad de elementos que conforman esta problemática y que van desde la dominación económica hasta la transculturación religiosa. Sin embargo más allá de los tópicos derivados de las diferentes perspectivas de análisis, este trabajo busca centrarse en un espacio concreto, en un punto de partida que se considera esencial, la ciudad de México.

Las razones de esta selección se justifican por sí mismas. La ciudad de México fue el lugar del encuentro definitivo de dos culturas diferentes, la mexica y la española. En ella se iniciaron los primeros intentos de comprensión mutua entre los hombres provenientes de sociedades tan distintas. La urbe fue el espacio donde culminó y decayó la grandeza del imperio azteca, donde a su vez se dio inició a la dominación española con todas sus consecuencias. De hecho, la sociedad novohispana se organizó a partir de la ciudad.

En este sentido, la ciudad concentra y condensa los cambios fundamentales de la sociedad indígena a la novohispana. En ella comenzaron las características españolizantes de la nueva sociedad y a partir de ella se difundieron. La concepción de la urbe representó no sólo la idea de lo que era una ciudad en la cultura europea sino lo que debía ser la sociedad en la Nueva España. La dominación española, la segregación étnica inicial entre españoles e indios que se reflejó en la religión, en el derecho, en el espacio, etc. tuvieron su primer escenario en la ciudad.

Desde esta perspectiva estamos de acuerdo cuando Andrés Lira [1] plantea a la ciudad como una "potencia expansiva" que no sólo revela el sentido de la historia de la cultura europea, sino que también considera a otros protagonistas, en este caso a los indígenas que tienen un lugar y una historia propia en el proceso social. Así la visión de la ciudad de México se complejiza, no se trata de una ciudad impuesta por los españoles, sino de una urbe donde se interrelacionan diversos agentes históricos que han marcado su historia.

A partir de lo dicho hasta aquí quiero delimitar el objeto de estas cuartillas que trataran sobre las características de la ciudad de México en el siglo XVII. Este trabajo no busca realizar una crónica de la descripción física de la urbe, en este sentido considero que existen obras brillantes al respecto como las de Francisco de la Maza y Fernando Benitez, simplemente se intenta identificar y resaltar aquellos elementos que marcaron los cambios hacia la consolidación de la ciudad colonial en el período que se estudia. Se parte de la conceptualización de una ciudad compleja marcada por un proyecto segregacionista racial que no funciona y que pretende dividirla en dos: la ciudad española y los pueblos de indios.

La ciudad del siglo XVII la concibo como el resultado del proceso de mestizaje entre indios y españoles. Fue sin

duda alguna en este siglo cuando la urbe logró consolidar las características determinadas por la dominación española, la transición de la ciudad indígena a la ciudad novohispana se definió en estos años y con ello asistiremos a la emergencia de una ciudad "criolla" que representa ya la combinación inseparable de lo español y lo mexicano. Este proceso tardo muchos años en llevarse a cabo y fue difícil de comprender por los observadores y habitantes de la ciudad.

Los rasgos prehispánicos fueron poco a poco sustituidos y con ello se dio paso a una ciudad que aún mostraba para extranjeros y moradores dificultades para representarla. Como bien lo dice J. Fernández, [2] en un estudio sobre el plano de la ciudad de México realizado por Trasmonte a principios del siglo XVII, tuvo que pasar un siglo para que un occidental produjera un documento gráfico que reflejara la comprensión urbanística de la ciudad.



De la ciudad indígena a la española

Después de la caída de Tenochtitlán, Cortés decidió fundar la ciudad en el mismo lugar considerando el peligro que representaba construir una nueva ciudad en otro sitio, ya que se podía presentar la posibilidad de que los vencidos la reconstruyeran y con el tiempo volvieran a ser una rival poderosa para los colonos españoles. De aquí que se resolviera poblar la ciudad de Tenochtitlán, su reedificación comenzó en noviembre de 1521.

Tomada la decisión se procedió a elaborar la traza de

la ciudad. El plano regulador elaborado por Alonso García Bravo en 1521 conservó la antigua planta de la ciudad prehispánica expulsando a los indígenas hacia las afueras y dejando el cuadrángulo que ocupaba el Templo Mayor y sus alrededores para el albergue de los españoles. Se fijaron calles y manzanas y se distribuyeron solares entre los colonos. Además se limitó claramente la separación de la ciudad española de la indígena.

Para garantizar una vía que proporcionara salida segura en caso de ataque se dieron solares a lo largo de la calzada de Tacuba. La organización urbana de la ciudad de indios respetó la vieja división de los cuatro barrios prehispánicos que fueron erigidos en doctrinas: San Juan Moyotlán, Sta. Ma. Cuepopan, San Sebastián Atzacualco y San Pablo Teopan. Estos pueblos pasaron a formar parte de la parcialidad de San Juan Tenochtitlán. En estos primeros tiempos Gómara calculaba la población indígena en 200 000 y el acta de cabildo del 26 de mayo de 1524 asentaba la existencia de 2 200 avecindados españoles. [3]

Algunos estudiosos han reflexionado sobre los posibles elementos que determinaron las características de la traza arriba descrita. Entre ellos tenemos a O'Gorman [4] quien opina que existieron dos aspectos importantes que tuvieron impacto en el asunto, el guerrero y el religioso. En lo que respecta al primero, Hernán Cortés y sus huestes tenían plena conciencia de la superioridad numérica y la agresividad de los indios. La consideración de un posible enfrentamiento armado con los indígenas contribuyó a hacer más pronunciado el carácter de fortaleza de los primeros años de la ciudad española.

El segundo aspecto tuvo que ver con los valores religiosos que dieron justificación a la conquista. Se decidió que los naturales vivieran aislados de los españoles, esto como un medio eficaz para lograr la evangelización con éxito. La traza

imponía la separación material imposibilitando la convivencia entre indios y españoles.

La segregación étnica llegó mas allá de la ubicación espacial, para lograr la evangelización se crearon parroquias exclusivas para los indios. Marroquí recoge la visión de un fraile franciscano del siglo XVI, que describe la construcción de templos pequeños auxiliares de los grandes centros evangelizadores ubicados en las cabeceras de las parcialidades de indios desde donde se regían la doctrina y el gobierno de los indígenas.

De la misma manera se crearon disposiciones propias para españoles y para indios. A estos últimos se les destinaron lugares y ordenamientos especiales que los segregaban del "común". "El común" era considerado lo usual y lo naturalmente aceptado por el orden español, se refería a un orden de república que se expresaba en la ciudad y en la cultura cristiana. [5]

Así durante el siglo XVI se pretendió la existencia de dos repúblicas, la de indios y la de españoles ambas con lugares determinados para habitar, con gobiernos diferentes y ordenamientos legales distintos. Las mismas actividades económicas fueron divididas, a los indígenas correspondieron aquellas que tenían como objetivo abastecer y alimentar las obras públicas y privadas necesarias, proporcionando la mano de obra que se requería sobre todo para obras de construcción.

Lo anterior permitió la sobrevivencia de muchas de las antiguas actividades de los indios que se realizaban gracias a las características lacustres que rodeaban a la ciudad (como la caza, la pesca y la agricultura por chinampas). Esta política segregacionista no fue muy exitosa en lo que a delimitación territorial se refiere. Como veremos pronto las fronteras territoriales fueron infringidas, sin embargo las diferencias legales y económicas marcaron durante siglos a los habitantes de la ciudad (la persistencia de las luchas de los pueblos de

indios que se encontraban en la ciudad hasta el siglo XIX lo demuestran).



La emergencia y consolidación de la ciudad "criolla"

En 1604 Bernardo de Balbuena en su obra Grandeza Mexicana dejaba entrever una ciudad con características diferentes que poco hablaban de la segregación impuesta por la traza inicial. Escribiendo sobre la urbe el autor dice al respecto:

> "como en estos caminos y calzadas
> en todo tiempo y todas ocasiones,
> se ven gentes cruzar amontonadas.
>
> Recuas, carros, carretas, carretones,
> de plata, oro, riquezas, bastimentos
> cargados salen y entran a montones.
>
> De varia traza y varios movimientos
> varias figuras, rostros y semblantes,
> de hombres varios, de varios
> pensamientos;
>
> arrieros, oficiales, contratantes,
> cachopines, soldados, mercaderes,
> galanes, caballeros, pleitantes;

clérigos, frailes, hombres y mujeres,
de diversa color y profesiones,
de vario estado y varios pareceres;

diferentes en lenguas y naciones,
en propósitos, fines y deseos,
y aun a veces en leyes y opiniones;

y todos por atajos y rodeos
en esta gran ciudad desaparecen
de gigantes volviéndose pigmeos."

Grandeza Mexicana. cap. 1 (fragmento).

Como se puede observar la descripción anterior nos muestra que la polarización por grupos étnicos existente en los primeros años coloniales con el transcurso del tiempo se complejizó. Los españoles penetraron en los barrios de indios en pos de tierra firme para construir sus residencias. De la misma manera los indios se introdujeron en la ciudad española para emplearse en diferentes actividades como la servidumbre doméstica, el comercio, etc. [6]

La mezcla de razas se intensificó y los grupos de mestizos y castas crecieron rápidamente. Además en la urbe se presentó, cada vez con mayor importancia una población flotante que se dedicaba al comercio, arriería, servicios, mano de obra para la construcción, obrajes, trámites burocráticos, etc.

Para el siglo XVII era inegable la relación existente entre los barrios de indios y la ciudad española. Trabajo como el De la Maza [7] habla de la heterogeneidad de los habitantes había españoles, criollos, indios, negros, mulatos, castas y hasta chinos. La pretendida segregación espacial entre la ciudad de indios y la española no se había logrado y a pesar de que los principios básicos de la traza se mantenían espacialmente (al centro los españoles y en los suburbios los indios) lo cierto es que las actividades citadinas desbordaban las fronteras

planteadas inicialmente, la ciudad iba más allá de la traza formal.

Este desarrollo de la urbe no paso desapercibido para los viajeros de la época. Fray Thomas Gage [8] recogió (hacia 1625) la imagen de una ciudad que se expandía a costa de la desecación de las acequias inmediatas y de la invasión de españoles en terrenos de indios. El primer hecho es fácil de corroborar si se revisan las actas de cabildo de principios del siglo XVII. En ellas encontramos solicitudes de vecinos españoles para construir residencias en terrenos aledaños a sus solares que en los primeros años posteriores a la conquista eran acequias y que con el tiempo se secaron convirtiéndose en terrenos construibles. [9]

El crecimiento de la ciudad española sobre la indígena fue otro hecho que el mismo Gage describe. [10] El autor relata como los españoles robaban terrenos a los indios, de 3 y 4 casas de indígenas construían una grande a la usanza española con jardines y vergeles, espaciosas y cómodas.

Como consecuencia de lo anterior la construcción de edificios se intensificó notablemente. El temor de los españoles por una posible rebelión indígena quedó en el pasado. Para Gage la seguridad de los descendientes de los conquistadores era indudable, las construcciones no tenían puertas ni murallas, tampoco torres ni plataformas ni artillerías. Los edificios eran de piedra y de ladrillos pero no demasiados altos y las iglesias señoreaban el panorama global de la urbe.

El plano realizado en 1629 por Juan Gómez de Trasmonte muestra no sólo los elementos mencionados arriba sino las características físicas de la ciudad. En el estudio que Toussaint [11] hace sobre este documento se resalta que la ciudad no había crecido demasiado fuera de la traza original. Sin embargo la cuadrícula central se perdía dentro de los pueblos de indios. Se puede observar como en la parte central las calles son hechas a escuadras y anchas (Gage habla de que

en las calles más estrechas podían ir de frente 3 carrozas y 6 en las más grandes [12]), mientras que en los alrededores las casas de los indios aparecían diseminadas sin concierto alguno, sin formarse calles entre ellas.

La guía que regulaba la formación de nuevas calles eran: en primer lugar los caminos que salían de las poblaciones cercanas, después las acequias que aún sobrevivían y, en tercera instancia la prolongación más o menos recta de las calles principales. Estos criterios fueron tan flexibles que la ciudad creció sin la existencia de un plan fijo por lo que en el futuro se caracterizaría por una urbe que se expandía caóticamente en sus inmediaciones y que inevitablemente se mezclaba con los pueblos indígenas.

A pesar de que en la realidad la ciudad de españoles y de indios se convertía en una sola, para los habitantes de origen ibérico este hecho se ignoraba. La narración de Torquemada a este respecto no puede ser más clara. Para él la ciudad no se mezclaba con los indios pero "la cercan por sus cuatro partes haciendo barrios que son los arrabales de la dicha ciudad" [13].

En la descripción que el autor hace de la urbe hacia la primera década del siglo XVII se limita a la traza original. Señala la existencia de tres plazas importantes: la Iglesia Mayor, la del Marqués y la del Volador. Hubo tres mercados el de Tlatelolco, San Hipólito y el de San Juan. Se mantenían las tres calzadas originales la del Tepeyac, la de Tacuba y la de Iztapalapa, se habían construído otras más la de Cuautitlán, la de Chapultepec y la de la Piedad. Existieron dos acueductos de agua potable el de Sta. Fé y el de Chapultepec [14].

Entre los edificios más importantes de la ciudad se señalan: la Sta. Iglesia Catedral, la Universidad, dos parroquias la Sta. Veracruz y la de Sta. Catarina (por supuesto para españoles, la de los indios no se consideran -éstas eran cinco, una en cada barrio indígena-); 13 conventos de religiosos y 13 de monjas; seis hospitales el de las Bubas, el del Marqués,

el de los Desamparados, el de Convalecientes, la Casa de locos, el hospital Real de Indios; el Colegio de Niños de Sn. Juan de Letrán y el Colegio de Niñas. [15]

En lo que respecta a su población Torquemada le dedica especial atención a los moradores españoles. Los indios no son considerados habitantes de la ciudad, sin embargo menciona que "hay indios que trabajan en casas de los mismos españoles". El orgullo por la belleza de los edificios de la ciudad se deja sentir en esta parte de su obra, pero donde más resalta esta característica es cuando se refiere a sus ilustres pobladores diciendo:

> "Si las cosas dichas hacen hermosa y linda esta ciudad, no es de menor hermosura (sino lo que mas hermosea y alinda) decir lo mucho que la ilustra la gente noble, la cual es tanta en número que se aventaja a otras mayores que ella de las que hay en el mundo, porque apenas se hallará calle donde no hay casas de caballeros y gente principal y no una ni dos ni cuatro solas, pero muchas." [16]

Otro de los elementos importantes en esta época fue el cambio de los rasgos físicos de la urbe. La ciudad del siglo XVI rodeada en sus cercanías por las lagunas de México y Texcoco y cruzada por numerosas acequias se había transformado. Por una parte, los españoles cegaban las acequias buscando tierra para construir. Si bien, estas acecuelas constituían todavía una característica importante de la ciudad ya no eran tan numerosas como en el siglo pasado.

Por otra parte se notaba una reducción importante de las aguas que rodeaban a la urbe. Según el trabajo de Toussaint por el lado poniente se observaba ya numerosas ciénagas y pantanos entre macizos de vegetación, fenómeno que indica el lento trabajo de desecación para ganar tierra al agua. Gage percibió este hecho y menciona el aumento de la distancia entre el agua y la tierra firme de la ciudad. [17]

Torquemada también escribió sobre el asunto [18]. El dis-

tinguía entre las zonas donde más habían menguado las aguas el norte y el poniente, lugares por donde habían aparecido "grandes playas secas y enjutas". Las causas de esto las encontraba en la diversión de ríos y arroyos que los colonos españoles habían realizado para obtener el líquido vital para sembrar sus haciendas de trigo y por otro lado, ya se habían secado ojos de agua en pueblos del norte, como el caso de Azcapotzalco.

A las obras hidráulicas realizadas por los españoles hay que agregar la intensificación de la construcción de edificios en la ciudad como otra causa importante del aumento de tierra firme en los alrededores. La edificación en terrenos pantanosos de la urbe determinó el uso de árboles para los cimientos de las obras, cuestión que aumentó de manera importante la tala de árboles que se inició desde el siglo XVI. Kubler menciona como varios tipos de madera como el cedro, el pino y el encino se agotaron por la depredación de los colonos [19]. A causa de esto y del uso de la quema del bosque para obtener terrenos para siembra, Torquemada detectaba la existencia de grandes áreas de cultivo que carecían de la capa superior del suelo quedando expuesto el tepetate.

La disminución de las lagunas generó efectos importantes en la ciudad. Uno de los más importantes fue la suspensión en tiempo de secas, del tráfico acuático y comercial que se llevaba a cabo por las acequias de la urbe, recuérdese que para esta época todavía la vía de comunicación fundamental se realizaba por los canales de la ciudad. Para Lombardo [20] la obstaculización de la navegación en una ciudad en la que pervivían elementos lacustres dio paso a la comunicación terrestre, a la introducción del caballo y a vehículos de rueda. Estos nuevos medios de locomoción permitieron la aparición de uno de los rasgos más característicos de las ciudades europeas: los empedrados que modificaron de

manera importante la imagen que la ciudad de México había tenido hasta el siglo XVI.

Por otra parte las actividades de los pueblos de indios también se vieron afectadas. La escasez de agua en el Norte coadyuvó a la decadencia de barrios indígenas ubicadas en esta zona. En años anteriores Tlatelolco era un pueblo con una población importante y gran vegetación, con la ausencia de agua la zona declina y para el siglo XVII ya no se recolectaba "ni una arroba de yerba" [21]. Las actividades económicas lacustres que quedaban en manos de los indios también se vieron afectadas, Torquemada llama la atención sobre la disminución de la crianza de pescado blanco y otras especies, cosa que indudablemente repercutió en los pueblos de los alrededores.

El proceso de desecamiento de los lagos que rodeaban a la ciudad de México avanzó lentamente durante las primeras décadas del siglo que nos ocupa. En el plano de Trasmonte todavía se puede ver una urbe rodeada de agua. En el Oriente se podía observar el apogeo de la laguna y sólo el Peñón de los Baños surgía como isleta [22]. El mismo suelo donde se levantaban las edificaciones tenían características pantanosas. Gage menciona en su obra la cantidad de agua que pasaba por debajo de las calles. Al referirse al convento que se encontraba en la calle de San Agustín describe que los cadáveres no quedaban enterrados sino anegados.

Con respecto a los datos demográficos de la población de la ciudad se tienen cifras muy diversas. Sin embargo se puede decir que la población de la urbe sufrió importantes cambios en el siglo XVII. La primera cifra con la que se cuenta es la que da Torquemada hacia la primera década del siglo quien habla de una población de 7 mil españoles vecinos y 8 mil indios del barrio de Tlatelolco.

El cambio poblacional más significativo fue el descenso demográfico causado por la inundación de 1629 (de la cual

hablaremos más adelante). Vázquez de Espinoza calculaba que antes de la inundación la ciudad y sus alrededores tenían 80 mil indígeneas, 50 mil negros y mulatos y 16 mil españoles [23]. En una carta del Arzobispo Manzo de Zuñiga a Felipe IV con fecha del 16 de octubre de 1629, pocos meses después de la catástrofe afirmaba que por la inundación habían muerto 30 mil naturales, que de 20 mil familias de españoles avecindados sólo quedaban 400 [24]. La población se recuperó lentamente y para fines del siglo, según cálculos de De la Maza la ciudad de México tenía aproximadamente 50 mil habitantes sin considerar sus alrededores.



El gran problema de la ciudad: el agua

Las características geográficas de la ubicación de la ciudad de México, que consistían en la existencia de seis lagos (Zumpango, Xaltocan, el salobre de Texcoco, la laguna de México y, los lagos de Xochimilco y Chalco) que rodeaban a la urbe determinaron la necesidad de que los hombres controlaran las aguas. Los mexicanos antes de la llegada de los españoles habían aprendido a gobernar la afluencia del agua y a convivir con ella.

La conquista trajo como una de sus consecuencias la supremacía de una concepción de ciudad al estilo europeo que pensaba su desarrollo en un espacio árido y seco. El cegamiento de canales y la desforestación del Valle de México causaron un desequilibrio natural que se expresó en la presencia de constantes inundaciones que afectaban a la

ciudad. Más que convivir con el agua los nuevos habitantes pensaron en dominarlas y sacarlas del Valle. Las obras materiales que se llevaron a cabo con este objetivo marcaron el cambio de una ciudad que aún mantenía algunos rasgos de la prehispánica a una urbe donde los conceptos y elementos europeos prevalecerían.

A partir de 1555 las inundaciones estuvieron presentes en la vida citadina y para evitarlas se habían tomado medidas que aún recordaban las obras de los mexicanos [25]. Ellas fueron el reforzamiento de diques y calzadas, así como reconstruir un albarradón semejante al de Netzahualcoyotl pero más cerca de la ciudad al que se le llamó "el nuevo albarradón de San Lázaro".

La primera década del siglo XVII estuvo acompañada de dos inundaciones importantes, la de agosto de 1604 y la de 1607. Ante estos hechos se implementaron nuevas medidas que iban más allá del cierre y fortificación de diques y calzadas, el albarradón de Sn. Lázaro tuvo que reconstruirse en 1604. La desviación de ríos y el inicio de la construcción del Desagüe General por Huehuetoca iniciado en estos años se convirtieron en las obras hidráulicas más importantes de la colonia.

La diversión de ríos fue una disposición que se adoptó con el objetivo de disminuir la afluencia de agua hacia los lagos. Se cambió el curso del río Azcapotzalco y los ríos de Amecameca que desaguaban en Chalco se dirigieron hacia Morelos. En 1607 se aprobó el proyecto del Desagüe General realizado por Enrico Martínez. El propósito fundamental de esta obra era disminuir el volumen de agua del lago de México para asegurar a la ciudad de inundaciones, esto a través del desagüe del lago de Zumpango por Huehuetoca.

La construcción del Desagüe se comenzó en este mismo año, las vicisitudes de la gran obra en cuanto a cuestiones técnicas y, el menosprecio de su importancia por algunos

virreyes (como el Marqués de Galves) provocaron una gran lentitud en sus avances. Esta situación y las fuertes lluvias del verano de 1629 originaron una gran inundación en la que sólo quedaron secos la Plaza Mayor, la del Volador y el barrio de Tlatelolco. La ciudad de México permaneció inundada por cinco años.

Esta inundación representó la crisis más fuerte por la que pasó la ciudad de México. Los efectos en la población fueron catastróficos, según los cálculos de Boyer[26] los muertos indígenas significaron una pérdida del 35 al 40% de la población. Algunos barrios de indios se abandonaron y se dieron numerosas pérdidas en San Juan y en Santiago Tlatelolco. La situación se agravó con la epidemia que se desató a raíz de la gran inundación y que duró de 1629 a 1634, la mortandad causada por la enfermedad ocasionó otra merma importante de la población indígena.

Los efectos del agua sobre la ciudad no fueron menos desastrosos, sólo se podía transitar en canoas, se presentaron graves problemas de almacenaje de trigo y maíz (ya que los granos se habían hechado a perder por exceso de humedad), con el rastro inundado se desquició el suministro de carne aumentado con ello su precio, todos estos elementos ocasionaron el incremento de los precios de los artículos básicos ocasionando con ello una gran carestía. Por si fuera poco la gran mayoría de las edificaciones estaban anegadas y el prolongado tiempo de la inundación ocasionó el derrumbe de muchas de ellas. En resumen, la ciudad se encontraba totalmente desarticulada.

Esta crisis urbana reflejó la cercana relación que existían entre las pretendidas ciudad española e indígena. Si bien la gran inundación ocasionó gran cantidad de muertos entre los españoles (muchos de ellos huyeron a Puebla de los Angeles), los efectos de la catástrofe fueron mucho más amplios en los indios. Entre estos últimos no sólo la mortandad fue

mayor sino que en ellos recayeron la realización de las obras necesarias para restablecer las actividades de la ciudad.

Los habitantes ignorados de la urbe levantaron calles y puentes, trabajaron en las obras del Desagüe (las que se intensificaron a raíz de la inundación), repararon y rehicieron los edificios dañados, prácticamente reconstruyeron la ciudad. Más que segregación espacial se puede hablar del ejercicio de la dominación de los españoles sobre los indios en una misma ciudad.

A principios de 1631 la ciudad seguía inundada, algunos vecinos de origen europeo ya habían comenzado a construir sus casas en Coyoacán y San Agustín de la Cueva, el virrey decidió consultar sobre la idea de cambiarla de sitio. El 26 de octubre de 1631 se reunió el Consejo Municipal y resolvió continuar con la ciudad en el mismo sitio. La urbe se valuaba ya en 50 millones de pesos tenía 15 conventos de religiosas y 7 de religiosos, suntuosos templos, dos parroquias, 8 hospitales, 6 colegios, casas reales, casas de la ciudad, arzobispales, Santo Oficio, cárceles y obras públicas [27].

Era preferible gastar 4 millones de pesos que costaba el desagüe (que ya para esta época se estaba construyendo) que perder el costo total de la ciudad. Poco a poco las aguas bajaron de nivel, sus habitantes comenzaron a regresar y la población se recuperó lentamente. En 1646 López de Velasco y Días de la Calle calcularon 8 mil vecinos para la ciudad.

A partir de esta catástrofe se intensificaron los trabajos del Desagüe General y ellos continuaron durante todo el período colonial. La gran obra de desecar los lagos aledaños a la ciudad originó cambios importantes en la estructura física de la urbe. Si para 1629 en el plano de Trasmonte aún se podía observar la laguna por el lado Oriente, años más tarde la situación era diferente.

La salida del agua de las lagunas por Huehuetoca ocasionaron la rápida desecación del lago de Texcoco. Esto

formó una zona en la parte occidental del Valle compuesta por tierra cultivable y, otra en el oriente caracterizada por la destrucción de las plantas acuáticas que antes existían. Los suelos de esta segunda zona se encontraban cubiertos de tequesquite, sal que esteriliza las tierras aceleradamente y que avanza hacia los terrenos inmediatos [28]. Este fenómeno daba paso a la formación de un fino polvo que en tiempo de secas el viento levantaba y llevaba a la ciudad, además esterilizaba las tierras y chinampas de los pueblos antes ribereños al lago como Iztapalapa.

La inundación también marcó un cambio importante en los tipos de construcción de la ciudad. La reconstrucción de la urbe permitió la edificación de obras mucho más suntuosas que las que existían a principios del siglo XVII, se hicieron cúpulas más altas y casas de dos pisos. La ciudad de fines del siglo representaba plenamente la consolidación de la supremacía de la ciudad de México y los inicios de la conformación de una conciencia criolla nacionalista, elementos que expresa claramente otro cronista de la época, Ventancurt.



La ciudad consolidada de fines del siglo XVII

El *Teatro Mexicano* escrito por Vetancurt es una de las obras que más datos contiene sobre las características que tenía la ciudad de México en los últimos años del siglo XVII. El autor nació en México en 1620 y muere en este país en 1700. Su pertenencia y desarrollo en la Nueva España le permitieron

plasmar en su *Tratado sobre la ciudad de México* la visión de un criollo sobre su ciudad. Si ya en la obra de Torquemada a principios de siglo se podía percibir una gran admiración por la urbe, Ventancurt como criollo, a fines de siglo, resaltaba el gran orgullo que sentía por su gran ciudad.

En este sentido para el autor, la ciudad de México se podía comparar con las grandes y bellas ciudades europeas como: Roma, Génova, Florencia, Milán, Venecia, Bolonia, Salamanca y Lisboa. Sus edificios, templos, universidades y colegios, recursos naturales y moradores se encontraban a la altura de cualquiera de las ciudades mencionadas.

A pesar de la gran inundación, la ciudad logró mantener sus principales puntos de referencia como las seis calzadas principales que la cruzaban (la de Guadalupe, Tacuba, San Anton, la Piedad, Chapultepec y la de Santiago), las tres plazas importantes (la Mayor, la del Volador y la del Marqués), los dos acueductos que la surtían de agua potable, él de Chapultepec y él de Santa Fé; la Alameda fue otro punto de interés que identificaba a la urbe (este sitio fue fundado en la última década del siglo XVI bajo el gobierno de Luis de Velasco II).

A pesar de que la ciudad continuaba internándose en los barrios indígenas para Ventacurt las dos ciudades se seguían diferenciando. Esto se observa cuando describe el orden de la traza española y las características de los suburbios indígenas, que aún cuando los reconoce no se ocupó de ellos, su atención se centró en lo que se consideraba la ciudad española. Así la ciudad fue descrita de la siguiente manera: [29]

> "...La planta es quadrada, con tal orden, y concierto, que todas las calles quedaron parejas, anchas de á catorse vara, y tan iguales que por cualquiera calle se veen los confines de ella; quedó de azequias en quadeo cercada con otras tres que atraviesan de Oriente a Poniente la Ciudad, para la comunicación del bastimento, que entre por canoas; los barrios, y arrabales de ella quedaron para la vivienda de los indios, con callejones

angostos, y huertesillos de camellones con azequias, como los tenían en su gentilidad, donde siembran flores, y plantan sus arboledas."

Las características de la vivienda española nos demuestra el cambio originado en las construcciones después de la gran inundación. El sistema de cimientos empleado también nos habla que a pesar del Desagüe el suelo en el que se construía seguía siendo pantanoso, al respecto el autor dice: [30]

"Los edificios tienen altos, y bajos con vistosos valcones, y ventanas rasgadas de rejas de hierra labradas con primor, y aunque está fundada la Ciudad en agua, para la permanencia de los edificios se valen de la industria destacando primero cimientos, con estacas de cedro de á cinco, y á seis varas, y en los Templos atravesando cimientos, que sirven de cadena, y ensanchandolos de plan para que quede con más fortaleza la cepa sobre que carga el edificio, en la Iglesia Cathedral hizieron una cepa entera sobrandole quatro varas de cimiento de cada lado, conque se afiansó la máquina de cinco naves de que consta, sin que aya desmentido un pelo".

La importancia de las obras de construcción son indicadores de una población que se había recuperado del golpe ocasionado por la inundación y que crecía consolidando los diferentes grupos sociales que habitaban en la ciudad. El crecimiento de los habitantes y el aumento de sus necesidades determinaron las grandes cantidades que se necesitaban para abastecerla. Se hablaba de un gasto anual de 170 mil carneros en rastro, 12 mil cabezas de ganado mayor y cerca de 30 mil cerdos en carnicerías, además de 220 mil fánegas de maíz y 180 mil fánegas de harina en la Alhóndiga y Pósito de la ciudad [31].

Con respecto a los pobladores de la ciudad Vetancurt se inclina hacia los personajes ilustres y nobles que la habitaban. Alababa no sólo la belleza de sus mujeres sino también las perlas, joyas y plata con las que contaban. Compara las ramas de caballeros y nobles que existían en la ciudad con las que había en España. Calcula que había en esta época

aproximadamente 8 mil vecinos españoles y 20 mil mujeres.

Si bien el autor reconoce la heterogeneidad de la población su desprecio por los indios y mezclas raciales se hace evidente, como una característica más de una sociedad colonial que se negaba a aceptar la inexistencia en la realidad de las fronteras espaciales que segregaban a los españoles del resto de los grupos sociales. Para él existían millares de negros y mulatos, mestizos e indios que llenaban las calles y que no sólo no reconocía como habitantes de la ciudad sino que denominaba despectivamente como "plebe", y como ejemplo de la concepción que tenía de ellos cita un verso de Arias Villalobos: [32]

"Tanto de esclavo número moreno
quento que quento, y ninguno bueno"

Los bienes de los ilustres moradores de la ciudad y la gran actividad en la construcción después de la inundación de 1629 no sólo cambiaron las características de la urbe sino que también elevaron el valor de sus inmuebles. Si en 1607 la ciudad se valuaba en 20 millones y en 1637 en 50, a fines del siglo su valor debía haber aumentado de manera importante. Esto debido en gran parte a que en los últimos 50 años del siglo XVII se habían construido 20 templos suntuosos, millares de edificios y no había calle donde no se hubieran remozado casas [33].

La riqueza de la ciudad de México no sólo la pensaba Ventancurt en términos de inmuebles de la ciudad, la abundancia de los recursos naturales que la rodeaban era otro elemento digno de importancia. En este sentido se resalta el hecho de que la ciudad este fundada en el centro de un Valle rodeándola montañas y lagunas. Habla de la belleza natural de los alrededores, poblado por granjas donde se cultivaban maíz, trigo, etc. Existían jardines, huertas y olivares con casa de campo propiedad de los ricos citadinos. Los lugares más

importantes que tenían estas características eran San Agustín de las Cuevas, Coyoacán, Mixcoác y Tacubaya.

Además de la belleza natural alaba la exuberancia de recursos y productos naturales propiedad de la tierra, montes y aguas del Valle. Existían gran variedad de maderas, de piedras para diferentes usos (liviana, de cantera, de alabastro, etc.), de frutas, legumbres y hortalizas (habla de que en la plaza se podían encontrar durante todo el año hasta 30 diferentes tipos de fruta). Abundaba la caza y la pesca, había una gran diversidad de aves de tierras como patos, anzares, codornices, etc. Menciona que una de la maravillas de la ciudad era la benignidad del clima, ya que tanto en invierno como en verano la tierra producía durante todos los días del año, cuestión que beneficiaba tanto a las huertas como a los pueblos que veían sus árboles cargados de frutas [34].

Los únicos defectos que le encontraban a la ciudad era su clima que a pesar de no sentirse demasiado calor ni demasiado frió afectaba la salud de sus habitantes. En los meses de abril y mayo si no llovía se padecían enfermedades como el sarampión y la viruela. Cuando cambiaba el tiempo seco al de aguas aparecían las fiebres malignas, disenterías, diarreas, etc. Además del clima reconocía que había otros elementos como la calidad del agua y los vientos de salitre, polvo que abundaba en los alrededores a causa de los avances del Desagüe, que afectaban nocivamente a la salud. A pesar de esto no deja de notar que lo mejor que tenía el ambiente de la ciudad era su “cielo alegre” [35].

Finalmente para Ventancurt los rasgos anteriores hacían famosa a la ciudad de México y no había expresión tan idónea como la de Arias Villalobos, para quién la fama de la urbe se debía a sus:

> “...siete CC, que á buen pensar son: Calles, Calzadas, Caminos, Caballos, Carrosas y Canoas,; si bien pone otras dos CC, que se hallan muy comunes, que son Criaturas y Capas negras...”

Los últimos años del siglo XVII nos muestran una ciudad plenamente consolidada. La estructura poblacional se complejizara más en los siguientes años. La permanencia de los criterios separacionistas por lo menos se mantenían en los ordenamientos, no así en la realidad cotidiana de la ciudad. La segregación legislativa no impidió que los indígenas y castas tomaran a la ciudad como su espacio natural, de hecho para el siglo XVIII los famosos "léperos" serán identificados como un mal inherente a la urbe.

Se podría pensar que el resultado final del siglo XVII fue la transformación social y espacial de la ciudad. La imagen urbana de comienzos de siglo se modificó de manera sustancial a la de fines del período que nos ocupa. Ahora si se puede afirmar que la dominación española tenía un producto concreto en la urbe anteriormente conquistada, una ciudad donde las características europeas predominaban y donde un nuevo grupo social se identificaba con ella: los criollos. Pero también era un espacio donde los estratos sociales recordaban la existencia de los indios y la necesaria mezcla entre ibéricos, indígenas y otros grupos étnicos.

Este período de la colonia también dejo sus marcas en el desarrollo de la ciudad. Por una parte tenemos herencias que se traducen en la pervivencia de distintas formas de segregación social y, por otra historias por construir sobre todo del acontecer de aquellos grupos sociales "ignorados" como habitantes de la urbe.

Notas

[1] En su trabajo: *Comunidades indígenas frente a la ciudad de México*. México. El Colegio de Michoacán. 1983. pp. 13–20.

[2] En: Toussaint, et al. *Planos de la ciudad de México. Siglos XVI y XVII*. México. UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas. 1938. pp. 181–187.

[3] Marroquí J. *La Cd. de México*. México. Tip. Lit. "La Europea". 1900. vol. 1. pp. 109–110.

[4] *Reflexiones sobre la distribución urbana en la época colonial*. México. Cultura. 1938. pp. 16–20.

[5] Lira A. *Op. cit.* pp. 19–20.

[6] Moreno de los Arcos. "La traza espiritual de la Ciudad de México". multicopiado. 1981. pp. 163–164; Lombardo S. "La Cd. de México entre 1570 y 1692". En: *Atlas de la Cd. de México*. México. El Colegio de México–DDF. 1987. p. 55.

[7] *La ciudad de México en el siglo XVII*. México. F.C.E. 1968. p. 16.

[8] *Nuevo reconocimiento de las indias occidentales*. México. SEP/80 Núm. 38. 1982.

[9] Ejemplo de esto es el acta de cabildo del 21 de abril de 1614 en la que el nieto de Francisco Estrada, conquistador de la Nueva España pide merced sobre un pedazo de tierra que estaba detrás de sus casas, que era una acecuela que se secó. En: Monroy Castillo. *Guía de las Actas de Cabildo de la Ciudad de México. Años 1611–1620. Siglo XVII*. México. DDF–UIA. 1988.

[10] *Op. cit.* p. 177.

[11] Toussaint et. al. *Op. cit.* p. 176.

[12] Gage. *Op. cit.* p. 178.

[13] Torquemada J. *Monarquía Indiana*. México UNAM–IIH. 1975. Cap. XXVI.

[14] Ibid. p. 410.

[15] Ibid. pp. 411–412.

[16] Ibid. p. 411.

[17] Gage. *Op. cit.* p. 174.

[18] Torquemada. *Op. cit.* Cap. XXVIII.

[19] *Arquitectura mexicana del siglo XVI*. México F.C.E. 1982. p. 174.

[20] *Op. cit.* pp. 54–56.

[21] Alzate J.A.: "Gazetas de literatura de México". México. Hospital San Pedro. 1831. pp. 41–52.

[22] Toussaint. *Op. cit.* p. 176

[23] Boyer R. *La gran inundación; vida y sociedad en México (1629–1638)*. México. SEP–70 Núm. 218. 1975. p. 31.

[24] Cavo A. *Los tres siglos de México*. México. Impr. de L. Abadiano y Valdés. 1836. p. 183.

[25] Para el desarrollo de esta parte correspondiente a las inundaciones que se presentaron en el siglo XVII se utilizó como base un trabajo precedente de la autora titulado: "Las inundaciones. Un problema persistente en la Cd. de México durante el último siglo colonial". En: Rev. FUENTES Núm. 2. 1 Semestre 1991. UAM-Azc. pp. 83–89.

[26] *Op. cit.* p. 31.
[27] Marroquí. *Op. cit.* p. 141.
[28] Alzate. *Op. cit.* pp. 41–42.
[29] Vetancurt A. *Teatro Mexicano*. Madrid. J. Porrúa, Turaizas. 1960. p. 186.
[30] *Loc. cit.*
[31] *Ibid.* p. 194.
[32] *Ibid.* p. 191.
[33] *Ibid.* p. 193.
[34] *Ibid.* p. 190.
[35] *Ibid.* pp. 195–196.

Bibliografía

Balbuena Bernardo. *Grandeza mexicana*. México. Soc. de bibliófilos mexicanos. 1927.

Boyer Richard. *La gran inundación; vida y sociedad en México (1629–1638)*. México. SEP–70. Núm 218. 1975.

Cavo Andrés. *Los tres siglos de México*. México. Impr. de L. Abadiano y Valdés. 1836.

Cruz Rodríguez Ma. S. "Las inundaciones un problema persistente en Cd. de México durante el último siglo colonial". En: Rev. FUENTES, UAM–Azc. Núm. 2. 1991. pp. 83–89.

De la Maza. *La cuidad de México en el siglo* XVII. México. F.C.E. 1968.

Gage Thomas. *Nuevo reconocimiento de las indias occidentales*. México. SEP/80. Núm. 38. 1982.

Kubler George. *Arquitectura mexicana del siglo XVI*. México. F.C.E. 1982.

Lira Andrés. *Comunidades indígenas frente a la ciudad de México*. México. El Colegio de Michoacán. 1983.

Lombardo Sonia. "La Cd. de México entre 1570 y 1692". En: *Atlas de la Cd. de México*. México. El Colegio de México-DDF. 1987.

Marroquí José. *La Cd. de México*. México. Tip. Lit. "La Europea". 3 vol. 1900.

Monroy Castillo I. *Guía de las Actas de Cabildo de la Ciudad de México. Años 1611–1620*. Siglo XVII. México. DDF–UIA. 1988.

Moreno de los Arcos. "La Traza espiritual de la Ciudad de México". multicopiado 1981.

O'Gorman. *Reflexiones sobre la distribución urbana en la época colonial*. México. Cultura. 1938.

Torquemada Juan. *Monarquía Indiana*. México. UNAM–IIH. 1975, vol. 1.

Toussaint, Gómez de Orozco y Fernández. *Planos de la Cd. de México*. Siglos XVI y XVII. México. UNAM- Instituto de Investigaciones Estéticas. 1938.

Vetancurt Agustín. *Teatro Mexicano*. Madrid. J. Porrúa Turaizas. 1960.